

CAROLINA LOZANO

EL PODER DEL MAGO



Un mar de confusión, horror y preguntas ha asolado las gloriosas tierras élficas y el resto del Continente Norte, donde habitan Altos y Bajos humanos. Y Eyrien, aunque volverá a tener a un River algo cambiado a su lado, ha sido marcada como traidora por los mismísimos Sabios y señalada como presa por uno de los vampiros más poderosos del mundo conocido: Ashzar. Sin embargo el misterioso vampiro esconde oscuros secretos e intenciones extrañas que la Elfa de la Noche necesita desvelar para enfrentarse a la guerra que se acerca. ¿Puede convertirse el depredador en su protector... aunque sea por un breve lapso de tiempo? ¿Hasta que tengan que enfrentarse de nuevo? River, que ha despertado de su propia pesadilla, seguirá a su lado para protegerla, aunque bien sabe que lo que tenga que sucederle a todos sólo lo saben las estrellas.

Porque a veces, la Cazadora puede convertirse en la presa...

A Miriam, mi hermana,
quien le aporta un color diferente
a mi visión de la vida.









Introducción

Para los habitantes de aquellas aldeas que salpicaban los escarpados parajes del noroeste de Selbast, la aparición del joven noble de las montañas fue motivo de tanta agitación como si les hubiesen dicho que el mismo rey de Arsilon iba a instalarse en los alrededores. El hecho de que el joven jamás se detuviera a hablar con nadie, que tan sólo dedicara algún saludo con la cabeza a quien se cruzaba con él mientras cabalgaba en su caballo blanco, no hacía más que aumentar las conjeturas y las fábulas sobre su origen y procedencia. Lo cierto era que su presencia no dejaba indiferente a nadie. Y mucho menos a las muchachas de las aldeas, que suspiraban, y a sus padres, que veían en el misterioso aristócrata un medio de arrancar a sus pequeñas de la pobreza.

Era apuesto, eso era innegable. Tenía los cabellos negros, ondulados, peinados al descuido para enmarcar su rostro de facciones perfectas. Pero no había nada en su porte altivo y elegante tan fascinante como sus ojos, grises como la luna entre la niebla. Unos ojos seguros, profundos y penetrantes que jamás se posaban directamente en nadie. Hasta que lo hicieron en Idaira. La hija del carpintero contaba entonces con diecisiete años y una pequeña inusual entre los Bajos humanos. Era el tesoro de su padre, que había quedado viudo. Su único y precioso motivo de orgullo. Sin embargo, cuando el joven noble detuvo inesperadamente el caballo para quedarse mirando a Idaira, el carpintero deseó de pronto que la hermosura de su hija jamás hubiese destacado tanto.

Desde que hablara con Idaira por primera vez, el joven acrecentó la frecuencia de sus visitas a la aldea. A veces dejaba a su caballo pastar libremente para sentarse a hablar con la joven, otras veces tan sólo se detenía el tiempo justo para entregarle un ramo de flores nunca vistas en aquel lugar. Dos meses después ya todos felicitaban al carpintero por la buena fortuna de su hija, pero cada vez que alguien le preguntaba cuándo la iba a casar, el artesano sentía que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Porque pese a toda la galantería que desplegaba el notable pretendiente de su hija, pese a toda su elegancia, el padre no dejaba de percatarse de que en las miradas que dirigía a Idaira había algo más que amor. Algo que ponía en peligro su vida, algo voraz.

Poco tiempo después, cuando el verano doraba los campos con su luz intensa y cálida, Idaira se acercó a su padre con el paso inseguro y apremiante de quien teme ceder y dar marcha atrás. Su rostro estaba contraído por la angustia, su mirada llena de pena, y se apretaba el chal alrededor del cuello como si el viento se hubiese levantado glacial.

—Padre —dijo con dulzura—, me marcho.

Mientras su más arraigado temor se hacía realidad, el carpintero escuchó en silencio cómo su hija le explicaba que se iba con el noble a las montañas, que viviría con él el resto de sus días, que aquello sería, pese a la pena de dejar a su padre, lo que le aportaría la verdadera felicidad. Idaira le hablaba con una sonrisa dulce mientras sus ojos se anegaban en lágrimas.

—Seré feliz, padre. Muy feliz... mientras viva.

El carpintero, tembloroso, no pudo hacer otra cosa que permitirle marchar. La vio subir al hermoso caballo blanco mientras el instinto le decía que, si la dejaba alejarse, no volvería a verla jamás.

Idaira nunca volvió, y el apuesto noble tampoco cabalgó de nuevo por las afueras de la aldea. Y el paso del tiem-

po, poco a poco, suavizó la pena del solitario carpintero y atenuó la sensación de que algo extraño y sombrío, maligno, había perturbado su vida.

Quince años después, cuando ya nadie recordaba que un joven misterioso se había llevado a la bella hija del carpintero, los chismorreos volvieron a todas las aldeas vecinas. ¿Quién era aquella hermosa mujer a quien se veía cabalgar a veces por el bosque? ¿Era un espíritu, una elfa, o era una doncella de verdad, salida de algún lejano castillo? El día en que la joven llegó a su aldea, el viejo artesano sintió que su corazón se desgarraba como si alguien le hubiese clavado un puñal. Aquella joven de porte altivo que montaba un caballo blanco era el ser más hermoso que jamás hubiera visto, pero le provocó un estremecimiento de pánico. Ella tenía unos cabellos negros, largos, que hacían destacar la nívea palidez de su rostro de alabastro. Sus manos finas acariciaban con placer las crines del caballo mientras se mantenía ajena a la fascinación que despertaba a su alrededor.

Sólo la mirada de uno de los aldeanos consiguió despertar su curiosidad. Cuando la joven posó en él sus ojos grandes y grises como la luz de la luna llena, ya nada hizo dudar al carpintero de que veía en ella algo aterradoramente familiar. Se sintió clavado en el suelo mientras la mujer se le acercaba, despacio y sonriente.

—¿Por qué me miras de esa forma, carpintero? —le preguntó desde lo alto de su caballo blanco—. No me admiras como lo hacen todos, tus sentimientos van mucho más allá. Siento turbulencia y agitación en los latidos de tu pecho.

—Me recordáis a alguien a quien conocí hace ya mucho tiempo, señora —respondió el hombre—. Alguien cuyo recuerdo nunca se borrará de mi corazón desgarrado.

—¡Ah, entiendo! —dijo la joven esbozando una sonrisa inquietante en sus labios encarnados—. Entonces debiste conocer a mi querido hermano pequeño.

—¿Vuestro hermano menor, señora? —repitió el carpintero, preso de nuevo de aquel temor ya olvidado—. Vos sois muy joven, y él también lo era cuando lo conocí. Y de eso hace ya mucho tiempo.

Pero la joven ya no lo escuchaba. Su mirada penetrante se había posado en Brandon, el joven escultor del pueblo, que como cada tarde estaba sentado a la puerta del taller modelando una figurita de alabastro. Sintiendo que la fatalidad rondaba de nuevo en torno a su pequeño mundo, el carpintero vio impotente cómo la dama se acercaba hasta él para admirar su obra. Minutos después el escultor le regalaba su figurita, y poco más tarde le hacía entrega de su corazón. Pasadas sólo unas semanas, también Brandon desaparecía de la aldea sin dejar rastro.

Empujado por el dolor y la necesidad de saber, consciente de ser el único que veía la presencia del mal en aquellas desapariciones, el viejo carpintero hizo un macuto con unas pocas provisiones, se calzó las botas de piel y se lanzó a recorrer las montañas. Tras buscar durante días, descubrió un fastuoso e imponente castillo, solitario, encastrado a un precipicio como un dragón que observara el mundo. Celebrando y temiendo a la vez su éxito, despojado por el apremio de toda prudencia, el carpintero se acercó a las grandes verjas que servían de entrada a aquel recinto inmenso. Allí, agarrado a los barrotes de la verja, el viejo tallador sintió que todo su mundo se venía abajo. Porque a lo lejos, entre los macizos de flores que se extendían al otro lado del jardín, estaba el mismo joven noble que una vez se había llevado a su Idaira. El mismo cuerpo esbelto y atlético, los mismos cabellos negros, los mismos ojos penetrantes y grises como luna entre la niebla. Simplemente, el joven no había cambiado nada en aquellos quince años.

Como si hubiese advertido su presencia, el aristócrata levantó la mirada hacia él. Aún desde lejos, aterrado, el viejo carpintero pudo ver que en aquel rostro hermoso se di-

bujaba una vaga expresión de reconocimiento. El intercambio de miradas duró unos pocos segundos, porque el carpintero, sabiéndose descubierto por el mismo maligno, había echado a correr montaña abajo.

—Nunca volví a verlo —dijo el anciano carpintero que, treinta años después, aún temía que una noche fría aquel ser viniera a buscarlo—. No volvió por aquí jamás, pero estoy seguro de que sigue viviendo en lo alto de aquella montaña, joven todavía. Por eso no deberíais permanecer en este lugar, hermosa dama. Vuestra vida peligraría si os viese. Si os viese él, o su hermana.

Eyrien, ilusionada para parecer una Alta humana, se abstuvo de comentarle al anciano humano que ella ya conocía a aquel supuesto noble. Bajó la mirada a la madera desgastada de las escaleras del modesto porche en que estaba sentada. Se sentía presa de una mezcla de fascinación y temor, pues al fin, tras dos meses de infructuosa búsqueda, sabía ya dónde encontrar el castillo de Ashzar. Sólo esperaba que su hermana tampoco estuviese en casa.

1

El paciente de Quersia

El mismo atardecer en que Eyrien escuchaba la historia de un anciano triste de Selbast, en la capital de Quersia se vivía un regocijo que hacía semanas que no se conocía. Al fin, tras mucho luchar contra lo desconocido, habían conseguido arrancar a su inesperado paciente de las garras de la muerte. Pero para River, que despertaba de un largo sueño en el que no recordaba haberse sumido, la pesadilla empezaba ahora. Su existencia se había convertido en una tortura continua. Aún pasaron días hasta que fue capaz de mover algún músculo sin gritar de dolor. Cuando su mente pudo pensar en algo más que no fuese el sufrimiento que invadía su cuerpo, fue consciente de que generalmente no estaba solo en la oscuridad; siempre había una mano cálida sobre la suya mientras él rogaba a sus cuidadores que lo mataran y acabaran con su padecimiento. Pero no era la mano de Eyrien, y sus cuidadores no escuchaban las súplicas.

Después, muy lentamente, el dolor fue remitiendo a regañadientes. Cuando River pudo abrir los ojos vio que eran elfos verdes de los Bosques, los que le llevaban las tisanas que hacían flotar en el aire de la habitación como Tristan había hecho con la Dama de Siarta. Algunos días más tarde los elfos quersianos empezaron a hacerle preguntas retorcidas y peticiones extrañas, como exigirle que dijera mentiras o que se concentrara en las auras de la habitación. Le acercaron llamas y piedras y abrieron las ventanas para que pudiera ver las estrellas. Finalmente le colgaron una piedra

verde sobre el pecho. Tras recuperar el control de las manos, River se la acercó a los ojos para descubrir que era algo parecido a una esmeralda, tallada en forma de una estrella llameante. No entendía lo que sucedía, y nadie se lo explicaba. Pero lo que más preocupaba a River era que a cada nueva pregunta respondida, a cada nueva prueba realizada, el hermoso rostro de los elfos de Quersis se volvía más sombrío.

Pasó un mes antes de que River pudiera mover el cuerpo entero a su voluntad, o pudiera permanecer varias horas despierto. Fue entonces cuando sus silenciosos cuidadores le presentaron a Elhania, la elfa que había permanecido a su lado cuando su vida peligraba. Elhania era una Elfa de la Noche, de aspecto antiguo y majestuoso, una vistosa extranjera entre los elfos silvanos de Quersia. Se parecía poco a éstos; mientras que los elfos de cabellos y rasgos verdes eran sosegados pero alegres, versátiles pero imperturbables como los bosques que habitaban, la elfa de Siarta parecía distante y etérea como las estrellas que la alimentaban. Su belleza, como la de Eyrien, estaba teñida de peligrosidad, la fuerza de su mente parecía emerger de ella como una advertencia que contradecía su aparente fragilidad. Y Umbra, el jaguar inmortal de Eyrien, siempre estaba con ella; dos seres apacibles, pero peligrosos en extremo. Era amable, su sonrisa sincera, y su agradecimiento hacia él eterno, aseguró, por haber salvado a la Dama Eyrien de Aszhar. Dos veces lo visitó Elhania antes de considerarlo restablecido para hablarle de sí mismo. Y lo que escuchó River entonces, le habría parecido imposible si no supiese que la elfa no podía mentir.

—Me temo que aunque por fuera puedas notarlo poco, has cambiado mucho por dentro, River de la Casa de los Tres Elfos —le dijo Elhania, sentada en una silla baja al fondo de su casa de Quersis que, como todas las demás, era una primorosa construcción circular de madera y lianas que desde fuera se diferenciaban poco de los árboles que la ro-

deaban—. Hace mucho tiempo, cuando elfos y humanos convivíamos en armonía, era una costumbre no del todo inaudita que los elfos empleáramos la magia antigua si queríamos enseñaros algo particularmente rápido. Se trataba de despertar la memoria genética élfica de los humanos.

—Lo sé —dijo River, sentado frente a ella en el suelo cubierto de alfombras; estaba harto de la cama—. Eyrien me aplicó esa tortura para enseñarme el hechizo de impermeabilización...

Sintió un escalofrío que le recorrió como hielo por la espalda. Recordaba el dolor que había sentido cuando Eyrien lo había conjurado, la opinión de la elfa sobre que eso no debía hacerse nunca más a gran escala, su propio comentario de que si le aplicaban esa magia más intensamente no sobreviviría para contarlo.

—Siento decir que algunos de los nuestros se aficionaron a los experimentos en la antigüedad —dijo Elhania tras mirarlo de una forma que River no supo descifrar—. Por fortuna hace tiempo que esa práctica se olvidó, pues era poco natural y doloroso despertar la memoria élfica de los humanos que descendían de los feéricos, y algunos murieron.

—Dioses, eso es lo que me han hecho, ¿verdad? —le preguntó a Elhania—. Me han... ¿sometido a un experimento? ¿Han modificado mi memoria genética?

La elfa de Siarta admitió que no sabía asegurarlo, pues hacía dos mil años que los elfos consideraban inmorales aquellas prácticas. Además los registros de los Tiempos Antiguos se habían perdido en el incendio de la biblioteca de Siarta hacía mil doscientos años, y no habían podido valerse de la experiencia anterior. Y sin embargo, tras salvarlo de la muerte, eran muchas las cosas que los sanadores quersianos habían averiguado y que apuntaban en esa dirección. River recordó entonces que sus sanadores no habían parecido nada contentos con sus averiguaciones.

—Creemos que tu memoria élfica ha despertado completamente, aunque a un precio alto —siguió diciendo